

EL DUELO DE TORRES CAICEDO

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

En el número 45 del periódico "La Civilización" (1), de julio de 1850 que, como se sabe, era dirigido por don Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, encontré un candente editorial intitulado *La Cuestión Alacrán*, en donde ataca con la mayor virulencia a Joaquín Pablo Posada, director del conocido pasquín, terror de todas las familias santafereñas. Los cargos que le hace son por demás graves y se refieren al desafío a muerte que este hizo al señor Caro por ciertos comentarios que aparecieron en su periódico por el hecho de haber el Presidente de la República, general José Hilario López, decretado la amnistía tanto a Posada como a su compañero de labores en "El Alacrán", Germán Gutiérrez de Piñeres, quienes habían sido condenados meses antes por el delito de calumnia; y no solo fueron perdonados sino que uno de ellos fue a ocupar la dirección de "La Gaceta Oficial".

José Eusebio rechazó el duelo porque consideraba a Posada indigno de batirse con él, pero le dijo que podía atacarlo si quería. Como el desafiador trató de cobarde a su enemigo, este le contestó en el número 40 de su periódico en la siguiente forma que contiene gravísimas acusaciones cuyo origen he descubierto como se verá más adelante. "El señor Posada es duelista que desafía a los escritores de la oposición para forzar al desafiado en el lugar del duelo, poniéndole la pistola al pecho y amenazando con el puñal a su padrino para obligarlo a que acepte como adversario a otro villano con quien el desafiado ya había rehusado el combate, ¡ que venía sin embargo, como padrino del desafiador para obligarlo a que tire contra ese nuevo adversario con la misma pistola que este como padrino acababa de cargar". Estas misteriosas palabras habrían sido de difícil interpretación, si no hubiera el mismo periódico publicado inmediatamente otro artículo que explica ampliamente todo su contenido. Se refiere al duelo a muerte de José María Torres Caicedo con Germán Gutiérrez de Piñeres, el 8 de enero de 1850. La acusación de Caro es tan grave que aunque veladamente dice que la pistola que le dieron a Torres Caicedo estaba sin bala, constituye al duelista y a su padrino Posada en asesinos, como textualmente lo dijo "La Civilización" en comentarios posteriores.

De estos sucesos hay dos versiones: una firmada por el mismo doctor José M. Torres Caicedo y otra del "Alacrán" Posada. El amenísimo cro-

nista José María Cordovez Moure en sus "Reminiscencias de Santafé y Bogotá" (2), describe este célebre episodio con el título de "Un Duelo". Empieza diciendo que el 9 de enero de 1850 el Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá, M. M. Mosquera salía de la catedral bajo palio llevando el Santo Viático a Torres Caicedo que estaba mal herido en el barrio de Las Cruces, en casa de su íntimo amigo don José Rodríguez Borda. Comenta el señor Cordovez que la inmensa procesión que acompañaba al Ilustrísimo Señor Mosquera en ese día era ante todo un reproche al herido y una manifestación política con el santo pretexto de dar la Comunión al herido señor Torres. Eran aquellos famosos tiempos de los "Retozos democráticos" que tan célebres se hicieron en aquellos terribles días, y la "procesión" era un desahogo de las gentes que no habrían podido reunirse en otra forma, ni manifestar su odio al gobierno de entonces.

Cuenta Cordovez que al señor Torres lo llamaban "Torrecitos" por lo pequeño de cuerpo, y otros, "El Monigote", porque en sus años mozos había vestido sotana como familiar del Arzobispo Mosquera. El origen del duelo, en la serie III lo relata así el célebre cronista: que en los primeros días de ese enero habían robado la tienda de don Vicente Azcuéna, situada en las galerías de la plaza y que Torres Caicedo en su periódico "El Día" sugirió la idea de que el autor era nadie menos que Germán Gutiérrez de Piñeres, y añadía textualmente: "Desprecio a este hasta el extremo de juzgarlo indigno de que la punta de mi lático cayese sobre sus espaldas". Gutiérrez comisionó a su compañero Posada para que fuera donde Torres a desafiarlo a duelo. Así lo hizo el recomendado pero recibió la negativa completa y recalcó las palabras más desobligantes contra el desafiante, añadiendo que podía atacarlo y que él se defendería. Entre padrino y apadrinado discutieron por la noche lo que deberían hacer para que el duelo se realizara de todas maneras con Gutiérrez, y entonces Posada presentó el plan de que volvería él donde el señor Torres a exigirle nuevamente la aceptación del desafío o que en caso contrario, ya que era un desprecio también para el padrino, este desafiara a Torres. Al aceptarlo y ya en el terreno acordado le diría: "Señor Torres, yo no me bato con usted porque tengo miedo". La única dificultad que podría presentarse es que Torres no aceptase a Gutiérrez como padrino de su contendor por el profundo desprecio que le tenía. Pero todo resultó como se había previsto. Posada se presentó nuevamente en casa del señor Torres y lo desafió a duelo porque se consideraba ofendido por el desprecio que le hiciera al no batirse con su compañero ya que él estaba de por medio como padrino. Torres aceptó el duelo que se concertó para el otro día (8 de enero) por la tarde en las afueras del barrio de Las Cruces.

Por la noche se presentó don Valentín Ferro a casa de Posada a pedirle el favor de que lo librara del trance en que lo había puesto el señor Torres al escogerlo como su padrino, ya que él (Ferro) era buen amigo de Posada. Entonces este le contó el truco acordado, con lo cual quedó tranquilo el visitante. Al otro día, es decir el 8 de enero por la tarde estaban todos en Las Cruces, a donde habían ido a caballo, menos el señor Torres que llegó a pie, y marcharon por las afueras del lugar por los lados de la fábrica de pólvora en el Aserrió. Posada en su relato se preocupa mucho de hablar de las pistolas del singular combate y recalca en que fueron escogidas las que había llevado el señor Torres. Textual-

mente dice: "Germán puso de manifiesto las pistolas que nosotros habíamos llevado; pistolas excelentes de pelo y de ínfimo calibre. Valentín hizo otro tanto con las que había llevado Torres que calzaban balas de fusil".

Y continúa diciendo: "Lo natural es que se escogieran las que nosotros habíamos llevado, pues como lo hicimos presente, eran tales, que la bala dando en parte noble mataría sin remedio, y dando en otra parte no haría sino herir levemente". Pero Torres insistió que con las suyas y nosotros asentimos para evitar hasta la más leve sospecha. Germán era la primera vez que veía esas pistolas. Ferro sí las conocía, y ambos cargaron las pistolas en presencia de Torres". Ya estaba todo listo para la señal cuando Posada díjole a este: —Sepa señor que yo no me bato con usted porque le tengo miedo.

Ante el asombro del contendor se presentó Gutiérrez a decirle que el incidente con Posada había terminado pero no con él, ya que al aceptarlo como padrino de este, ya lo consideraba digno de batirse con él. Torres siguió negándose por las razones que antes había expuesto que eran injuriosas en extremo, ante lo cual su enemigo reaccionó violentamente y le dijo que si no se batía lo mataría, y le puso la pistola al pecho. Ante tal acción Ferro se interpuso y amenazó con su arma a Gutiérrez. El sitio se convirtió en verdadero campo de Agramante. Uno desafiaba al otro, este a aquel y así no se sabía qué hacer. Posada sacó su puñal, Gutiérrez hizo lo mismo, y Torres arrojó el suyo al suelo y llamó fuertemente la atención a este, quien reaccionando también lo desafió nuevamente. Torres retiró sus palabras y el contrincante repitió sus consabidas frases: —Como usted ha retirado sus palabras, sigo teniéndole miedo. No me bato con usted.

Ante esta nueva actitud y viendo la dificultad en que se encontraba su padrino Ferro a quien se amenazaba, no tuvo más remedio que aceptar Torres el duelo con Gutiérrez de Piñeres. Se dieron las señales convenidas, se midieron los pasos reglamentarios, ambos dispararon más o menos al tiempo y Torres salió herido de gravedad en el omoplato del lado derecho. Posada termina diciendo que el herido tuvo campo suficiente para acercarse a su contendor y lo abrazó dando muestras de su extraordinaria caballerosidad. Ya veremos cómo analiza Torres este abrazo, al explicar él mismo el famoso incidente de su duelo. La noticia del suceso corrió rápidamente entre los amigos y don José Rodríguez Borda al enterarse corrió al lugar de los acontecimientos con el fin de impedirlo, pero llegó tarde, pues encontró a su amigo herido de gravedad y lo llevó a su casa de Las Cruces, en donde al otro día, como se dijo al principio se le llevó la sagrada Comunión de manos del propio Arzobispo Mosquera. Meses más tarde, con dinero de sus buenos amigos, Torres partió a Estados Unidos y luego a Europa a que le extrajeran la bala, ya que aquí no se le pudo hacer la operación (3). Este fatal suceso fue la llave que le abrió las puertas del triunfo y de la gloria en el viejo Continente, ya que su nombre fue consagrado por la fama, como literato de primera clase y alternó con los más grandes escritores y sus obras lo colocaron entre las primeras figuras literarias de la lengua castellana.

En el número citado de "La Civilización", después del editorial que se comentó al principio, aparece el siguiente artículo firmado por el propio

doctor Torres Caicedo: "Un duelo el 8 de enero de 1850", y lo divide en cuatro capítulos. El primero se intitula "Antecedentes". Refiere que no ha tenido relaciones con Posada ni con Gutiérrez de Piñeres, pero que el 24 de diciembre del año anterior (1849) se presentó a su casa el "Alacrán Posada" a preguntarle si unos versos que aparecieron en esa semana en "El Día", contra "La Jeringa" y prácticamente contra Posada eran de aquel. Torres le respondió que no; y en cambio Posada le manifestó que en este periódico sí había escrito versos en contra de él, pero que se arrepentía de ello. El director de "El Día" aconsejó al visitante y le dijo que no sacara más su periódico "El Alacrán" porque era un verdadero descrédito. Sigue contando que el día siete de enero se presentó Posada a casa de Torres a manifestarle que su compañero Gutiérrez de Piñeres exigía una reparación por las injurias terribles que en "El Día" aparecieron contra este. El doctor Torres le manifestó que jamás se batiría con ese señor porque la sociedad lo rechazaba por indigno. Posada se retiró enojado y le manifestó que temiera las consecuencias, ante cuya amenaza Torres le dijo que esperaba el ataque.

Antes de pasar adelante, se debe aclarar que Torres no era el autor de aquellas diatribas. Son sus palabras: "Yo no soy el autor de ese pequeño artículo que irritó al señor Gutiérrez. Lo digo hoy cuando no puede atribuirse a cobardía, cuando sufro aun las consecuencias de un ataque villano... Ojalá que el verdadero autor de ese artículo quisiera exhibir su nombre". Hay que fijarse detenidamente en la palabra "villano" dicha por el autor a ese ataque, pues así considera el duelo que sostuvo con su enemigo, lo que prueba la manera cobarde y alevosa como se preparó dicho asalto. Gutiérrez lo esperaba en la esquina de la casa de su contrincante en compañía de varios socios de la "Democrática" y Torres salió inmediatamente armado de dos pistolas y se dirigió al atrio de la catedral a donde lo siguieron esos sujetos. Allí se le presentó Gutiérrez y le dijo por qué no le aceptaba el duelo, a lo cual le contestó que lo consideraba indigno y que no se batiría, pero que en cambio podía atacarlo, que él se defendería aunque fuese con todos los que acompañaban al desafiante.

Este lo amenazó para castigarlo al otro día en Los Portales; pero más tarde se presentó Posada a casa de Torres a desafiarlo en atención al desaire que había hecho a su apadrinado. Sigue contando más o menos lo mismo que dice Posada, pero difiere en algunos puntos principales en cuanto dice relación con las armas del duelo. "Ferro y Piñeres —dice textualmente— procedieron a cargar las pistolas. Yo tomé la que me dieron porque creía que trataba con caballeros". Al hablar del incidente de los puñales, según el relato de Posada, contestó el señor Torres: "Yo no vengo a lidiar con asesinos". Cuando Posada se avalanzó con puñal en mano dijo: "Aquí yo solo quedaré vivo y atacó a Ferro, y entonces este díjole a su amigo: "Usted morirá pero yo lo vengaré", y apuntó a Piñeres". Ante tal confusión y al ver en peligro a su amigo, no tuvo más remedio que aceptar el duelo con el señor Gutiérrez.

Sigue contando que Posada midió el terreno y señaló a su protegido la parte baja del sitio, lo que consideró Torres como una desventaja y además protestó porque su enemigo antes de dar las órdenes de disparar le estaba apuntando, lo que era prohibido por elementales reglas duelis-

ticas. Además aprovechó la ocasión para decir a su enemigo que en caso de salir ilesos en el primer encuentro, deberían seguir disparando hasta morir alguno de ellos, para lo cual se había preparado con bastante pólvora y las balas necesarias. Y agrega: "Yo no sé si mi pistola tenía bala...!". Sonaron casi simultáneamente los disparos y Torres quedó gravemente herido en el omoplato derecho. Agrega que "Piñeres le estrechó en sus brazos y yo hice lo mismo, pero al momento reaccioné y dije: "¡No. Usted es un infam!" e Posada alabó al herido por haber realizado el duelo y le dijo: "Esta acción de usted es magnífica. Me voy a volver hasta conservador".

Medio desfallecido el señor Torres, fue transportado por Posada a un llano en donde lo depositó en la yerba y el señor Ferro lo llevó a casa del señor Rodríguez Borda, en donde lo atendieron los doctores Andrés M. Pardo, Jorge Vargas y Librado Rivas. Los jueces quisieron levantar el sumario respectivo contra Germán Gutiérrez de Piñeres, porque consideraban el hecho no propiamente como un "Duelo", pero el señor Torres se opuso a ello, pues no quiso inculparlo. En el mismo escrito intenta demostrar que no había sido propiamente un duelo sino una "legítima defensa" aunque salió mal librado, ya que se vio en la obligación de aceptar un acto que su religión se lo prohibía. El escrito en referencia está fechado en Bogotá, el 19 de mayo de 1850 (5).

El criterio general era de que el señor Torres había sido víctima de una verdadera infamia, pues se tenía la seguridad de que el truco del duelo era para su contrincante, que tenía todo preparado para salir bien del trance y en cambio el otro tenía la seguridad de morir. En el mismo periódico "La Civilización", al pretender buscar más datos sobre el particular, me encontré con el siguiente suelto firmado por el señor Torres Caicedo: "En el artículo que publiqué en el número 45 de este periódico bajo el título de 'Un duelo el 8 de enero de 1850', se lee el siguiente párrafo: "El señor Posada se retiró tras de la loma; dio tres voces y a la tercera disparamos las pistolas. Yo no sé si la mía tenía bala; pero sí tengo la seguridad de que no le faltaba a la de mi adversario, etc.". Se ha creído que con esto quise decir que el señor Ferro había cargado sin bala mi pistola, y es necesario que yo explique mi pensamiento: el señor Piñeres fue a servir de padrino al señor Posada, pero el señor Piñeres bien sabía que él y no Posada era quien iba a batirse conmigo; por consiguiente estaba en sus intereses en cargar sin bala la pistola que recibió descargada y cambiarla luego, aprovechándose del estupor que al señor Ferro causó la conducta de mis adversarios... (Fdo.) José María Torres Caicedo" (6).

Toda la sociedad se conmovió ante tales hechos gravísimos que demostraban la descomposición moral de la época, sobre todo de ciertos grupos que a la sombra de las instituciones cometían toda clase de desmanes irónicamente bautizados con el mote de "retazos democráticos". La sociedad reaccionó en toda forma contra la infinidad de fechorías hasta el punto de que pronto se presentó una revolución que por no haber sido preparada con las debidas precauciones fracasó tristemente. Pero este suceso desgraciado para el señor Torres, lo llevó, como se dijo al principio, con dinero de sus buenos amigos, a los Estados Unidos y luego a Europa, en

donde su nombre se distinguió entre los mejores literatos; los gobiernos de varios países americanos se honraron nombrándolo su representante diplomático y hasta su propia tierra se acordó una vez para que fuera representada por él (7), hasta el punto de que en una gran recepción que dió en Versalles Napoleón III, nuestro compatriota se presentó con el pecho lleno de las más altas condecoraciones que le habían ofrecido gobiernos y sociedades científicas y literarias del mundo entero.

NOTAS

1. La Civilización. Bogotá, jueves, 4 de julio de 1850. N° 45. Cuarto Trimestre.
2. Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Edición Aguilar. Madrid, 1957. Edición, prólogo y notas de Elisa Mujica. Serie II. Pág. 245.
3. La extracción de la bala se la hizo en París el doctor Velpeau, según datos de Juan Francisco Ortiz en su libro "Reminiscencias". Ediciones de Cultura Popular, del M. de Educación Nacional.
4. Reminiscencias de Santafé y B. Op. cit. p. 588 ss.
5. La Civilización. Número citado.
6. La Civilización. N° 46 de 11 de julio de 1850. Al final de la cuarta página.
7. Reminiscencias. J. Fco. Ortiz. Op. cit.